



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

La buena voluntad para el bien

Exposición del Mensajero del Eterno

EL Señor nos ha dado instrucciones precisas sobre la manera como debemos introducir el Reino de Dios en la tierra, y podemos comprender fácilmente su lenguaje si hacemos lo necesario. Él nos recomienda velar y orar a fin de utilizar de una manera conveniente el momento oportuno cuando se presente, y no dejar escapar las ocasiones que se nos ofrecen de construir el Reino.

Vemos cuán juiciosa es esta amable recomendación, si consideramos los ensayos que hacen muchas personas para intentar introducir el Reino de la Justicia en la tierra, pero que en realidad siguen sosteniendo el reino de las tinieblas, de la maldición y de la aflicción. Es lo que nos enseñan muy bien las publicaciones de la verdad que contienen la revelación del misterio de la iniquidad.

Muy a menudo, como lo hemos podido constatar, los que han procurado verdaderamente ser fieles al Señor, han tenido que contar con la resistencia de ciertos miembros de sus familias, que no han sido fervientes como ellos para seguir los caminos divinos. Ya en la familia de Isaac hubo un Jacob, pero también un Esaú que no tomó suficientemente a pecho los consejos del Señor.

Esaú se dejó continuamente influenciar por el espíritu del adversario. Jacob tuvo que luchar también y sobrepujar dificultades a causa de su fe y de su deseo de hacer la voluntad divina. Más tarde, cuando él mismo tuvo hijos, de nuevo se manifestó la lucha en su propia familia.

Entre los hijos de Jacob, uno de ellos estaba muy bien dispuesto. Tenía un interés muy grande por los caminos del Eterno. Sus hermanos hubieran tenido que regocijarse y sentirse honrados de tener un hermano como José. Este no fue el caso y, al contrario, le tuvieron celos y dejaron penetrar el odio en su corazón.

Esto nos enseña cuán fácilmente el adversario logra barajar las ideas, provocar disensiones y sembrar la confusión por todas partes donde el corazón no es suficientemente sincero para rechazar resueltamente sus ataques y sus ofrecimientos.

Por otro lado, podemos ver cuánto cuidado tiene el Señor de sus queridas ovejas, cómo las conduce, las guarda y las bendice. Él hace concurrir todo para su mayor bien. Lo hemos visto con José. Es cierto que fue probado duramente, pero después de haber soportado valerosa y fielmente la prueba, fue elevado sobre sus hermanos. De esta manera pudo socorrerlos, sacarlos de su grande apuro y tenderles noblemente la mano.

Yo mismo pasé por una experiencia análoga. Mis hermanos se habían burlado a menudo de

mí, yo era para ellos el hermano menor menospreciado. Pero más tarde todos vinieron a mí para recibir ayuda y estímulo; yo pude traerles la gota de aceite de la bendición y regocijar su corazón.

En el mundo ellos habían hecho fortuna, mientras que yo no tenía nada de lo que los humanos aprecian y ambicionan. Sólo tenía lo que el Señor me había dado; pues todo lo que mis hermanos poseían no era nada al lado de esto. Es así como el Señor confunde siempre a sus queridos hijos con su benevolencia, y los colma de las riquezas de su Casa. Pero es necesario que sigamos caminos rectos delante de nosotros, y nos esforcemos en realizar cada día todo lo que está en nuestro poder.

Cuando los discípulos se encontraban con nuestro querido Salvador, mostraron en ciertos momentos muchas debilidades e incomprendimientos. Ellos se chocaron cuando esa mujer, mencionada en las Escrituras, vino a ungir a nuestro querido Salvador. Algunos de ellos dijeron incluso: "¿Para qué este desperdicio? porque este perfume podía haberse vendido a gran precio y dado a los pobres."

Se observa en esta actitud de los discípulos que ellos no tenían siempre las disposiciones de corazón que convenía manifestar, después de haber recibido tantas instrucciones y demostraciones concernientes a los sentimientos del Reino.

Esta mentalidad es también expresada en la parábola del hijo pródigo, cuando el hermano mayor manifiesta disposiciones poco amables hacia su hermano menor de regreso a la casa paterna. Incluso el hijo mayor, que acababa de llegar del campo, estuvo muy descontento cuando supo que su hermano menor había vuelto y que su padre lo había recibido con los brazos abiertos, sin hacerle reproches. Entonces no quiso entrar en casa para saludar a su hermano, aunque el padre saliera para hablarle e invitarle a regocijarse con él.

Esta es una profunda instrucción. Debemos vigilar con cuidado nuestro corazón para no dejarnos invadir por sentimientos malévolos contra nuestro prójimo, pues así es como a nosotros mismos nos causamos el máximo perjuicio.

Si, por ejemplo, un joven hermano hace magníficos progresos y da un mejor testimonio que otros, que llevan tal vez mucho más tiempo en la obra, estos últimos no deben sentir despecho, sino todo lo contrario.

Es preciso regocijarnos, porque nuestro deseo debe ser ante todo apresurar la venida del Reino. Todo lo que lo apresura debe procurarnos gozo, aunque parezca que dejamos algo atrás. ¿Qué importa? Esto no debe entristecernos. Por una parte, es el Reino que avanza y, por otra, nos

ayuda a perder nuestro viejo hombre; ¿dónde está, pues, el mal?

No deben existir los celos entre hermanos y hermanas, porque interceptan inmediatamente la comunión del espíritu de Dios. Estos sentimientos impulsan a la crítica. Por eso, cuando nos encontramos bajo esta presión diabólica, no podemos soportar el éxito que tiene nuestro hermano o nuestra hermana.

Cuando él o ella triunfa mejor que nosotros, examinamos su éxito minuciosamente, con miras a encontrar a toda costa algo que censurar, un defecto, un fallo, una debilidad, a fin de minimizar su testimonio. Este no es el espíritu del Señor, sino todo lo contrario; es entregarnos en manos del adversario con los pies y manos atadas, porque él nos ocupa así a hacer un trabajo muy feo.

El espíritu del Eterno es muy diferente. Cuando uno de sus queridos hijos hace esfuerzos, el Señor se regocija profundamente. Incluso las Escrituras dicen que Dios se goza con alegría sobre aquellos que viven con todo su corazón el programa. Y si una cosa no es del todo como debiera ser, añade un poco de su gracia para mejorarla.

Es muy distinto del espíritu del adversario, que no está contento cuando uno propaga la bendición. Por lo demás, es esta mentalidad que hizo caer al hijo de la Aurora. Por eso, es muy necesario que nos guardemos imperiosamente de ceder a tales sentimientos.

El adversario era un querubín protector de alas extendidas. Tenía un poder y una gloria mucho más grandes que el hombre. Sin embargo, los seres humanos poseían una facultad que él mismo no tenía. El no vio esto con buenos ojos y experimentó despecho; es así como penetró el mal en su corazón.

Podemos sacar de esta instrucción muy grandes lecciones. Debemos probarnos nosotros mismos para ver cuáles son los sentimientos de nuestro corazón cuando vemos que nuestro hermano o nuestra hermana posee más capacidades que nosotros, trae más bendición, da mejor testimonio. Cuando esto no nos afecta, y que la prueba no nos toca personalmente, parece fácil y muy sencillo; pero si la lección nos concierne, es entonces que podemos sondearnos.

Cuando *La Divina Revelación* fue traída al pueblo de Dios, se manifestaron luces fulgurantes, y despertó un magnífico entusiasmo en el corazón de muchos amigos; se sentían electrizados por la claridad de las enseñanzas contenidas en sus instrucciones. Parecía que todo sería fácil y que la victoria sobre el viejo hombre iba a ser obtenida en un periquete.

Es así como un hermano, animado de ese

entusiasmo, estimulaba a otro hermano que se encontraba en la prueba, diciéndole: "Álgrate, tienes la dicha de poder renunciar, es un inmenso privilegio". Naturalmente, es fácil decirlo uno que no es alcanzado por las llamas de la prueba. Pero cuando a nuestra vez nos toca el turno, no tenemos siempre el mismo entusiasmo para aleccionarnos.

Ya hemos tenido un contacto seguido con los caminos divinos, que nos enseñan la mentalidad que conviene expresar. El apóstol Pablo nos dice que, en la familia divina, cuando un miembro es honrado todos los miembros se regocijan. Así, cuando un hermano o una hermana tiene éxito, no debemos sentir celos, sino alegrarnos con todo nuestro corazón.

Por lo demás, siempre hay la equivalencia en todo. El que tiene facilidad en una dirección puede tener dificultad en otro sentido. Y el que recibe mucho, es también responsable de dar mucho. El que es muy honrado, debe prestar especial cuidado en dar todo el honor al Eterno. Si hay profundas raíces de orgullo en el corazón, éstas se manifiestan cuando nos halagan con el incensario de los honores.

La humildad es un maravilloso rasgo de carácter que hace la vida fácil al que lo posee y a los de su entorno. Da gusto vivir con alguien que es humilde; a pesar de poseer tal vez grandes capacidades, se deja fácilmente reprender. Acepta las observaciones con buena voluntad y nunca hace alarde de sus ventajas ni de sus capacidades. Esta actitud agrada al Señor. Es la mentalidad que debe desprenderse del corazón de un hijo de Dios verdadero, que ha seguido con atención las lecciones de disciplina en la escuela de Cristo.

Es muy conveniente, pues, en todas las situaciones, velar y orar, a fin de poder aprender victoriosamente todas las lecciones con el socorro de la gracia divina. Cuanto más recibimos, más debemos dar. Más debemos procurar igualmente seguir humildes y pequeños en nuestra propia opinión, sabiendo considerar siempre que todo nos viene del Eterno.

Por eso, si tenemos ciertas facilidades, no nos jactemos de ellas, Pues si no hubiéramos entrado en contacto con los caminos de la verdad, todo esto no nos habría servido de nada. El Señor nos ha dado todo, y sólo a él le corresponden todo el honor y toda la gloria.

Cuando dejamos penetrar la luz de la verdad en nuestro corazón, vemos lo mucho que nos falta, cuanto hemos de quitar y reformar; en pocas palabras, vemos el gran trabajo que nos queda por hacer a fin de reflejar las virtudes de Aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su gloriosa luz.

Los discípulos que estaban con nuestro querido Salvador tenían aún muchas opacidades en su corazón, que les impedían realizar la nobleza de la mentalidad del Reino de Dios. En efecto, cuando vieron que esa mujer ungía a nuestro querido Salvador con un perfume de gran precio, fueron bastante mezquinos para reprochar que era un gasto fuera de lugar. El Señor Jesús les dijo simplemente: "¿Por qué molestáis a esta mujer? pues ha hecho conmigo buena obra; dondequiera se predique este evangelio, en todo el mundo, se contará lo que ella ha hecho".

En efecto, fue un sentimiento muy generoso que animó el corazón de esa mujer; sin saberlo, ella fue empleada para simbolizar con su gesto la unción del cuerpo de nuestro querido Salvador, que no iba a pasar por el proceso de la corrupción.

Durante su ministerio en la tierra, nuestro querido Salvador dio magníficas lecciones a sus discípulos. Les enseñó también lecciones para su perfeccionamiento; pues tenían muchas consideraciones que no estaban nada de acuerdo con el pensamiento divino.

De esta manera, cuando vino una gran multitud para escucharle, unos niños se acercaron a él. Los discípulos quisieron alejarlos, pero el Señor Jesús les dijo: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de ellos es el Reino de Dios." Dijo también: "Si no os volvéis y hacéis como niños, no entraréis en el Reino de Dios."

Los caminos divinos contienen una infinita sabiduría, una nobleza maravillosa. Ellos están saturados de amor, de bondad, de una misericordia sublime. Todos los que se acercan a Dios con confianza reciben siempre según su fe, pero los caminos divinos requieren esfuerzos. A veces somos probados a fin de poder desarrollar la fe y la perseverancia, al mismo tiempo que la humildad.

Este fue el caso para la mujer sirofenicia, que nos sirve siempre de ejemplo y de verdadero estímulo. A menudo, antes de la bendición se presenta una dificultad, y hay que superarla. Se necesita tener la fe, la voluntad, el discernimiento y sobre todo la humildad para poder vencer, entonces la bendición se manifiesta de una manera inefable y gloriosa.

El publicano que vino a presentarse humildemente delante del Eterno, reconociendo toda su miseria y su pobreza, obtuvo misericordia. En cambio, el fariseo altivo y orgulloso, que se creía mejor que el publicano, no pudo recibir el contacto de la gracia divina. Su corazón no estaba en la condición adecuada para poder beneficiarse de ella.

Pues son los sentimientos del corazón que cuentan; éstos se traducen en pensamientos, palabras y acciones de acuerdo con la mentalidad divina, o bien contrarios a ella. Por eso, cuán necesario es hacer buena limpieza en nuestro corazón, para que el Señor pueda morar en él y bendecirnos con poder y gloria.

Nos alegramos de recibir las instrucciones de la verdad, para aprender a conocernos y a esforzarnos en obrar siempre mejor, a fin de regocijar el corazón del Eterno que es nuestro Bienhechor, Queremos hacer todos nuestros esfuerzos para vivir el programa divino.

Cuando hacemos todo lo que podemos, notamos también la aprobación divina. El Señor aprecia sumamente el trabajo de nuestra alma y de nuestras manos para avanzar su Reino en nosotros y en nuestro alrededor. El que ha hecho todo lo que ha podido, es que ha puesto en ello todo su amor, todo su ardor y todas sus posibilidades.

Este puede tener muy pocas posibilidades, pero si dedica a ello toda su alma, puede estar seguro de regocijar el corazón del Eterno; tal vez, al principio, obteniendo solamente un resultado muy mínimo. En cambio, otros pueden obtener un mejor resultado sin hacer esfuerzos, a causa de ciertas capacidades que poseen.

Sin embargo, a los ojos del Eterno lo que cuenta es el corazón, son los sentimientos que ponemos en todo lo que hacemos. El aprecia sobre todo el esfuerzo, y para Él es el amor que cuenta. Por tanto, el que tiene muchas posibilidades debe poner el mismo celo que el que tiene pocas, pero que hace todo lo que está en su poder, Es preciso que cada uno pueda decir que ha hecho lo que ha podido.

El que tiene pocas posibilidades, pero que persevera con toda su alma, acabará también por realizar cosas magníficas y sublimes; alcanzará seguramente la victoria definitiva. En efecto, la victoria no es el resultado de la sabiduría y de la inteligencia humana. Es el resultado de los esfuerzos del corazón y del amor desplegado.

El que en sus esfuerzos dedica todas sus posibilidades, recibe el poder del espíritu de Dios, que lo hace más sabio, más inteligente y más capaz que todos los sabios del mundo, cuya sabiduría no es sino locura. El pequeño discípulo humilde y dócil, que sigue con confianza y humildad los consejos de su Maestro, adquiere la sabiduría divina. Esta derriba todos los razonamientos humanos y facilita la completa victoria.

Esforcémonos, pues, en someternos con gozo y buena voluntad al pensamiento divino. Procuremos santificar el Nombre del Eterno con nuestra línea de conducta; despleguemos el amor, la benevolencia y la misericordia, de los cuales tanto nos hemos beneficiado nosotros mismos de parte del Eterno.

Asociémonos con todo nuestro corazón a nuestro hermano y a nuestra hermana. Alegrémonos con sus éxitos. El que posee muchas capacidades, que se sienta responsable de las facilidades que tiene, para hacerlas valer humildemente, poniendo en ello todo su corazón, para que no digan de él más tarde: "Lo ha tenido todo a su alcance para triunfar, pero no ha dado valor a lo que había recibido tan liberalmente".

Cada uno de nosotros está puesto delante de esta pregunta: ¿Haces todo lo que puedes? Como lo muestra Sofonías, todos tenemos la posibilidad de regocijar el corazón del Eterno y, de procurarles transportes de alegría.

Para esto es preciso desplegar todo nuestro celo por la Casa de Dios, emplear todas nuestras fuerzas y todas nuestras posibilidades para cumplir el ministerio que hemos prometido. Entonces la victoria es segura y nadie en el mundo puede impedirnos alcanzar la meta.

Si hacemos lo necesario, de acuerdo con las posibilidades que tenemos, podemos ser una bendición inefable por nuestros hermanos y hermanas y por la pobre humanidad doliente y moribunda. Entonces seremos la revelación de los hijos de Dios, para la honra y la gloria del Eterno y de nuestro querido Salvador.

Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Tenemos fe en la venida del Reino de Dios, celo espiritual en la oración, en los sentimientos, palabras y acciones?
2. ¿Hemos sido generosos con el prójimo, estrictos con nosotros mismos, buenos, humildes, afectuosos, un rayo de sol?
3. ¿Cuáles han sido nuestros progresos en la modestia, el renunciamiento amable, la gratitud, la bondad del corazón?
4. ¿Podemos regocijarnos con las victorias de otros, vencer la enemistad, el orgullo, el descontento, sólo ver el bien?
5. ¿Hemos ayudado siempre, cubierto los defectos del prójimo, vencido un poco de nuestro abominable egoísmo?
6. ¿Cuáles han sido nuestros progresos, con la asistencia de nuestro querido Salvador, en la humildad y el amor fraternal?